

La Ilustración



Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1906 →

NÚM. 1.294



FLORES DE ESTIO, cuadro de F. Innocent



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *La mejor diadema*, por María del Olivo Picardo. — *Una bala vengadora. Episodio histórico venezolano*, por la Baronesa de Wilson. — *Notas de sport. La copa de Vanderbilt. Paseo retrospectivo de velocípedos. Paseo de tricars y mototris.* — *Una revolución pacífica en Persia.* — *Olot. XVII certamen literario catalán.* — *Problema de ajedrez.* — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación). — *Un parque zoológico extraordinario.* — *El teléfono visible.* — *Un hospital para peces.*

Grabados.— *Flores de estlo*, cuadro de F. Innocent. — Dibujo de José M.^a Marqués que ilustra el artículo *La mejor diadema.* — *Vieja silesiana*, busto de Naum Aronson. — *De la campiña romana*, cuadro de Vicente Caprile. — *Wagner, el ganador de la copa Vanderbilt, montado en su automóvil Darracq.* — *París. Paseo retrospectivo de velocípedos, organizado por el diario «L'Auto.»* — *Paseo de tricars y mototris.* — *Una revolución pacífica en Persia. Los mulas refugiados en la legación de Inglaterra en Teherán.* — *La comida para los quince mil manifestantes.* — *En oración*, cuadro de Juan Llimona. — *Pegaso*, grupo escultórico de Agustín Querol. — *Olot. La reina de la fiesta y señoritas que formaban la Corte de Amor en el XVII certamen literario.* — *Monumento erigido en Potes á Jesús de Monasterio*, obra de Pedro Estany. — *Hamburgo. Parque zoológico de Hagenbach. Leones en libertad.* — *M. Hagenbach y un ayudante entre los leones en libertad.* — *El teléfono visible.* — *El presidente de la República Francesa M. Faillieres, al llegar á su hacienda el Loupillón, despide la escolta que le ha acompañado.*

CRÓNICA DE TEATROS

Los teatros de género chico han roto ya todos el fuego: los otros, los que hacen ó pretenden hacer arte serio, á saber, el Español, la Comedia y la Princesa, han pegado sus carteles en las anunciadoras ó han publicado sus listas de compañía y de obras en los periódicos de Madrid.

En el Español no se anuncia modificación alguna importante respecto de los años anteriores. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza saben lo que realzan el trabajo escénico el acoplamiento y armonía de los diversos elementos que constituyen un cuadro artístico, y procuran no alterar, por lo menos en lo esencial, la formación de ese cuadro. Figuran, pues, en la lista de actrices y actores del «clásico coliseo» los mismos, con muy ligera variación, que figuraron en la última temporada.

El empresario del teatro de la Comedia entiende, sin duda, como Arderfús, que «obras son amores y no buenos actores», y por lo visto, el año presente se propone llevar á la práctica tan atrevido axioma. A excepción de Rosario Pino, artista como todo el mundo sabe de mérito sobresaliente y que ya para bien del arte y satisfacción de sus admiradores se encuentra completamente restablecida de sus pasadas dolencias, los actores de la Comedia pertenecen á la legión anónima de las medianías.

Tampoco hay en la compañía con que Thuiller ha recorrido gran parte de la América del Sur, recorre ahora algunas de nuestras provincias y actuará desde principios de noviembre en la Princesa, ninguna figura, si se exceptúa al director, de extraordinario relieve. Esto es achaque ya inveterado de nuestros teatros. Aquí cualquier actor á quien el público y la benevolencia de la crítica le hacen creer que está aunque no sea más que una línea por encima de sus colegas, prefiere, imitando, quizás inconscientemente, á César, ser, pongo por caso, el primero en Arganda que el segundo en Madrid. Es más, y véase cómo nuestros cómicos aventajan en cierto modo al vencedor de Pompeyo: no sólo no quieren ser segundos, sino que aspiran á ser únicos. Por tal razón, Borrás se dispone á cruzar los mares, y la Cobeña falta hace no sé cuánto tiempo de Madrid, y Fuentes y Morano andan de la Ceca á la Meca, y por igual motivo desertó Tallaví del teatro de la Comedia, en donde había conquistado, en muy poco tiempo, un puesto envidiable.

Y á propósito de Tallaví: este actor joven, estudioso, entusiasta y apasionado por su arte, se propone dar unas cuantas funciones en el teatro de la Princesa. Es Tallaví un admirador convencido de Ibsen, y fundamento tengo para asegurar que ha hecho un estudio detenido y concienzudo de algunos de los personajes creados por el soberano ingenio del dramaturgo de Noruega. Pronto le veremos hacer el papel de Oswald en *Los espectros*, y podremos juzgar de su labor escénica, que si es en la práctica como en la teoría, no creo aventurado suponer que será excelente.

Prescindiendo ahora de los artistas anunciados para la temporada que comienza, y fijándonos en las obras que han de representar las tres citadas compañías, desde luego se echa de ver que la producción escénica española es, por lo menos en número, muy inferior á la que nos proporcionan los autores extranjeros.

En la Comedia casi todo lo anunciado procede principalmente del francés: la función inaugural consistirá en la representación de *Les Romanesques*, obra de Edmundo Rostand que con el título de *Los noveleros* ha traducido, y de seguro bien, Antonio Palomero; se estrenará después *Le tour de main*, arreglo ó traducción por Martínez Sierra, y á éstas seguirán otras traducciones. De obras originales no cuenta hasta ahora la empresa más que con una obra de Benavente. En la Princesa, Thuiller empezará su campaña con *Papá Lebonard*, comedia melodramática francesa, y pondrá después en escena un arreglo de *Numa Roumestan*, de Daudet. De las cuatro obras que anuncia Tallaví, una es *Los espectros*, de Ibsen, otra *El adversario* y otra *Magda*. Hasta el Español, que antes estaba cerrado á cal y canto para toda comedia ó drama extranjeros, ha abierto para ellos de par en par sus puertas.

Los únicos autores que en la temporada que comienza mantendrán la tradición del teatro nacional serán Echegaray, Benavente, los Quintero, Dicenta, Linares, quizás Galdós y algún otro... En junto se representarán seis ú ocho obras españolas entre veinte ó treinta extranjeras.

Esta invasión de lo extranjero en nuestros teatros grandes (en los de género chico la opereta francesa va substituyendo también al sainete nacional), acabará, si Dios no lo remedia, por ahogar toda tentativa teatral en los autores noveles. ¿Cómo luchar con obras ya sancionadas por el éxito y que además traen el marchamo de fuera, aquí donde tan grande va siendo el menosprecio á todo lo nuestro? ¿Cómo un López ó un Pérez, aunque el López sea de Ayala ó el Pérez, Galdós, no han de ser postergados á hombres que se llaman nada menos que Bernstein ó Bjornson?

De otra parte, los mismos autores españoles hasta ahora desconocidos, que quizás tengan ingenio bastante para componer obras originales, convencidos de que han de encontrar estos obstáculos acaso insuperables para que sus comedias compitan, en concepto de los empresarios, con otras extranjeras ya aplaudidas, ¿no optarán por dedicarse ellos también á traducir, tarea mucho menos gloriosa que la de componer, pero de resultados más prácticos, inmediatos y seguros?

En verdad, los que á pesar de todo se deciden á estudiar por sí mismos la realidad española y á llevarla al teatro, sólo por esto merecen elogio y aplauso. Este aplauso y elogio los han alcanzado recientemente en Buenos Aires nuestros autores en competencia con los más famosos del extranjero. Allí Benavente, los Quintero, Linares, entre los escritores jóvenes, y Echegaray, Galdós y Dicenta entre los de fama hace tiempo adquirida, han hecho patente que aún no está agotado el ingenio dramático español que tanto brilló, cuando Dios quería, dentro y fuera de nuestra patria.

La obra más importante de las estrenadas recientemente es el sainete de los Quintero titulado *La mala sombra*. El teatro de Apolo se llena todas las noches de público que acude á aplaudir el nuevo sainete. Sus afortunados autores buscan los asuntos de sus obras, no en la lectura de libros ni en las combinaciones caprichosas de la fantasía, sino en el estudio directo del natural. Particularmente el lado cómico de la vida lo ven los Quintero como ninguno de los autores modernos, y saben trasladarlo á la escena de un modo admirable.

En el sainete que acaban de dar al teatro no hay ni decorado vistoso, ni ligereza de ropa, ni tangos ó bailoteos dislocados, ni chistes de color subido, ni nada, en fin, de lo que suele constituir el principal elemento en los triunfos alcanzados por las farsas que ahora privan en los teatros por horas. En *La mala sombra* no hay nada de esto; solamente hay observación de la realidad, ingenio para transformarla en materia artística, conocimiento de la escena y gracia inagotable para sazonar tan valiosos elementos.

La acción del sainete pasa en Sevilla, en una botillería fundada por cierto sujeto de tan mala sombra, que nada hay en donde él pone mano que no le salga al revés, ó como suele decirse, patas arriba. Por su establecimiento desfilan unos cuantos tipos todos ellos de extraordinaria fuerza cómica, no tan caricaturescos que desfiguren la verdad, y cuyas ridiculeces,

hábitos y preocupaciones dan lugar á escenas naturales y chistosas.

Se ha señalado á este sainete como único reparo el de ser un tanto largo. En efecto, su acción escasa, como la de todo sainete, se prolonga demasiado, y si no llega á causar fatiga es por el donaire que en su obra han derramado los Quintero á manos llenas. Justo es, sin embargo, reconocer que este exceso de longitud depende, en rigor, de la necesidad en que los autores se encuentran de llenar con una sola obra toda una sección que por fuerza ha de durar de cincuenta á sesenta minutos. Antes el sainete era, según su nombre indica, algo así como bocadillo sabroso, y cuyo objeto es, más bien excitar el paladar, que satisfacer las necesidades del estómago. Por eso el sainete se representaba como fin de fiesta, como *postre* del espectáculo teatral. Cuando las empresas implantaron el género chico, el sainete constituyó por sí solo una función teatral, y de aquí esa dilatación ó alargamiento que en cierto modo lo ha desnaturalizado.

Además, lo caricaturesco, y el sainete es siempre caricatura, resulta un tanto violento, y del mismo modo que al hombre de cuerpo más flexible le sería por extremo difícil conservar durante mucho tiempo una postura forzada, así es igualmente punto menos que irrealizable que durante largo tiempo conserven los personajes una actitud caricaturesca sin que esta actitud nos parezca un tanto cansada y fatigosa.

No obstante lo dicho, *La mala sombra* triunfó en toda la línea, y hoy es sin duda alguna la mejor obra de las que se están representando en los teatros de Madrid.

En los demás, como ya indico más arriba, van dominando las operetas comprimidas, cuyos principales atractivos son las decoraciones, los juegos de luz, los trajes y en muchos casos la ausencia de ellos.

Estos espectáculos, que suelen tener la menor cantidad de literatura posible, van casi siempre seguidos de exposiciones cinematográficas. Hay ya cinematógrafos en el teatro Cómico y en el circo de Price. Bien mirado, los tales cinematógrafos tienen una ventaja sobre la mayor parte de las quisicosas que en dichos teatros se representan. Las figuras de los cinematógrafos no hablan ni cantan..., y eso va ganando el público.

**

He de recoger para terminar esta crónica lo que por mediación de persona de tanta autoridad como Mariano de Cavia proponen Carmen Cobeña y Enrique Borrás. Estos dos artistas se han acordado de que los restos de Vico duermen en tierra hoy extranjera, y los de Rafael Calvo, aunque en España, lejos de Madrid, en donde, como su compañero de arte y de gloria, alcanzó el insigne comediante sus mayores triunfos. La Cobeña y Borrás, patrocinados por Cavia, quieren que las cenizas de los dos ilustres actores sean trasladadas á esta corte para que descansen entre los que fueron sus más entusiastas admiradores y en un sepulcro digno de su fama.

Que la idea es plausible, basta con enunciarla para que el lector como tal la reconozca. No es inferior el mérito artístico del cómico al del pintor y el escultor. El primero se vale de los colores para dar vida á su creación; el otro del mármol; el comediante tiene que sacar de su propio ser sus medios de expresión: su cuerpo y su alma son la materia sobre que trabaja; anula su personalidad para crear otras nuevas, y solamente alcanza el *summum* de su arte siendo un verdadero Proteo. Su trabajo y su gloria son flor de un día, y á él como á ningún otro artista pueden y deben aplicársele los versos que Calderón pone en boca del príncipe Segismundo:

el aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas lo convierte
la muerte...

¿Qué quedan, en efecto, de aquellas ruidosas ovaciones que premiaron tantas veces el trabajo de Antonio Vico y Rafael Calvo? De ellos sólo resta un recuerdo que desaparecerá tan pronto como se extinga la generación que hubo de admirarlos. Justo es que sus compañeros de profesión, sus discípulos, los dramaturgos que encontraron en ellos verdaderos colaboradores y los que disfrutaron, merced al arte de los dos insignes comediantes, horas de intenso placer estético, secunden el pensamiento iniciado por Borrás y la Cobeña.

Demos, pues, honrosa sepultura en la capital de España á aquellos dos grandes artistas, y demostraremos que sabemos honrar la memoria de nuestros hombres esclarecidos.

ZEDA.



La niña colocó en ellas una guirnalda de flores silvestres...

LA MEJOR DIADEMA

Érase una princesa, bella como la aurora, buena como los ángeles, y tan afortunada, que una hada poderosa y benéfica había presidido su nacimiento.

Desde pequeña, se había visto adorada de todos, porque era cándida y sencilla como una paloma; poseía juguetes admirables que su madrina le llevaba de maravillosas y desconocidas regiones; entre arrullos y caricias, pasó la niñez dichosa, y creciendo, creciendo, llegó a ser la princesa más hermosa de la tierra.

Muchos fueron los poderosos príncipes que vinieron desde países lejanos a solicitar su amor, pero ninguno logró conmovérsela.

Un día, apareciósele su madrina y le dijo:

—Hija mía, has llegado a la edad de casarte ¡y te casarás con un rey!

Efectivamente; a los pocos días, se presentó en la corte de su padre un joven apuesto y arrogante, caballero y bueno, que era soberano de un hermoso país; en cuanto vio a la princesita, se quedó prendado de su belleza y su bondad; pidió su mano al rey su padre, y como ella no se mostró indiferente a esta pasión, le fué concedida con beneplácito de todos.

Nunca princesa alguna poseyó trajes tan valiosos ni tan ricas preseas como la de nuestro cuento; las más hábiles costureras de los dos reinos cosieron durante muchos días hermosas telas, tejidas por la mano de las hadas, y las bordaron con perlas y mil preciosas piedras.

Cuando estuvo vestida con su traje de boda, que había sido hecho por su madrina con alas de mariposas, ciñó su frente con la corona real que el enamorado novio le había regalado; y cuando cubrió sus hermosos cabellos con sutil velo, que las ninfas habían fabricado con transparentes destellos de luna, estaba tan hermosa que no había mortal que igualárasele pudiera.

Se organizó el cortejo para dirigirse a la iglesia; la joven caminaba al lado de su padre, ruborosa y conmovida bajo las miradas de la multitud, que se agolpaba para verla pasar, cuando de pronto vio adelantarse hacia ella a su madrina; pero apenas se atrevía a dar crédito a sus ojos:

¿Era aquella la anciana abatida bajo el peso de los pesares, de los que aunque hada no había sabido eximirse?

No, era una hermosísima señora, joven y bella, ataviada con magnificencia y coronada por una diadema, tan esplendorosa como la niña no había visto jamás. Pero lo más sorprendente era la radiante expresión

de su rostro; parecía como si un destello de divinidad brillase sobre su frente e invadiera todo su ser de una belleza sobrehumana.

Una vez terminada la ceremonia, volvió a su palacio la princesa, al lado de su ya feliz esposo; corrió a sus habitaciones, y encerrándose en su cámara, llamó a su madrina: ésta se presentó resplandeciente.

La princesa, echándole los brazos al cuello, le dijo: —Madrina querida, ¡cuan hermosa estás! ¿Dónde están las arrugas que surcaban tu rostro? ¿Dónde el peso de los años que hacían inclinarse a tus hombros? ¡Ninguna dama de la corte te iguala en juventud ni belleza!

—Todo es debido a la virtud de la diadema que oprime mis sienes, contestó el hada.

—¡Oh, madre mía!, tú que eres tan buena y me quieres tanto, regálame otra igual—dijo la princesita uniendo sus manos con actitud suplicante;—teniendo tanto poder, bien puedes hacerlo.

—No está en mi poder hacer una diadema como ésta; solo Dios puede concedértela; y para que te convezas mira, dijo quitándose la y entregándola a la princesa.

Esta quedó satisfecha; al contacto de su mano, la refulgente diadema se había convertido en una guirnalda de florecillas silvestres; miró pesarosa a su madrina, y vio con asombro que había vuelto a su primitivo estado, y que de hermosa y erguida, se había convertido en anciana y encorvada.

—Hija mía, dijo el hada, no te atormentes. Tú misma puedes cultivar estas maravillosas flores; brotan en un campo muy fértil y muy extenso, que se llama la Caridad.

Pasaron días, y al fin la princesita siguió a su esposo a sus dominios.

La princesa, que siempre había sido buena y compasiva, lo fué aún más.

Cuando ocurría alguna desgracia, enviaba a una de sus almas a remediarla en lo posible, la miseria jamás llamó a su puerta en vano.

Poseía el cariño de su esposo y el respeto de sus súbditos, todo la sonreía; pero no era completamente dichosa, el recuerdo de la brillante diadema de su madrina la mortificaba.

Una secreta melancolía embargaba su corazón, y un ligero pliegue de pesar se dibujaba en su frente.

Su esposo, que la amaba en extremo, advirtió muy pronto su pena y la interrogó con inquietud; y la reina le confesó su deseo. Entonces el rey convocó a los mejores artífices de su reino, quienes combinando con arte las más hermosas piedras, forjaron una rica corona de tan admirable trabajo, que quedó asom-

brado de tanta perfección y corrió a entregársela a su esposa, quien agradecida la puso sobre sus cabellos; pero al mirarse al espejo, se encontró como siempre bella, aún más si cabe, por el rico adorno; pero el divino destello que había visto brillar sobre la frente de su madrina no estaba allí, y el ligero pliegue de su frente se acentuó aún más.

Una tarde salieron los reales esposos a dar un paseo por las afueras de la corte.

Al borde del camino se hallaba una mujer sentada sobre la hierba; a juzgar por su traje y lo demacrado de su rostro, debía ser muy pobre; apoyado sobre su seno tenía un angelillo de pocos meses, pálido y raquítico, con esa carita de tristeza resignada que tiene una criaturita que ha venido a este mundo a pasar hambre; una niña mayorcita correteaba delante de su madre, buscando florecillas entre la hierba.

Al pasar el rey tiró una moneda a la falda de la mujer; la reina se incorporó para mirarla y experimentó un vehemente deseo de acercarse a ella; hizo parar el carruaje y aproximóse al grupo.

De los brazos de la mendiga, que se quedó paralizada por la sorpresa, cogió la criatura envuelta en harapos; sin temor de ajar su rico traje, la aproximó a su pecho, y la dió un beso en la frente. Al contacto de sus labios con aquella carita mustia, sintió la buena princesa que todas las fibras de su corazón se conmovían.

Llenáronse de lágrimas sus ojos, y una llama generosa invadió su alma; un ardiente amor por los desheredados, los tristes, los miserables, brotó en su pecho; devolvió el niño a su madre, y abriendo los brazos los extendió sobre la ciudad que dominaba desde aquella altura; hizo ferviente propósito de amar a los pobres, de asistirlos y socorrerlos; no como socorre el potentado que da lo que le sobra, sino como el hermano favorecido por la fortuna acaricia y consuela al hermano desdichado.

Mientras permanecía la reina como inspirada y con las manos extendidas, la niña colocó en ellas una guirnalda de flores silvestres que había estado tejiendo.

Cuando la reina volvió al lado de su esposo, éste tomó de sus manos la guirnalda y riéndose la puso sobre su frente.

¡Oh prodigio! Las flores se cambiaron en piedras preciosas; una diadema tan magnífica que la mano del hombre sería incapaz de fabricar, brilló sobre la cabeza de la reina, y en su hermoso rostro resplandeció aquel destello de divina hermosura que tanto había envidiado a su madrina.

MARÍA DEL OLVIDO PICARDO.
(Dibujo de José M. Marqués.)

UNA BALA VENGADORA

(Episodio histórico venezolano)

En la última década del siglo XIX agitábase Venezuela, y nueva lucha civil hacía derramar sangre de hermanos, alterando los ánimos y sacrificando tal vez seres inocentes en aras de esa exaltación de las ideas, hija de evoluciones que engendran casi siempre crisis violentas y trastornos, cimientos de sucesos inesperados y trascendentales.

Los revoltosos, en armas, intentaban hacer frente á las tropas del gobierno, y en escaramuzas y en encuentros de escasa importancia habían transcurrido algunas semanas sin que los unos se diesen por vencidos ni los otros fuesen vencedores.

El general D. Joaquín Crespo, ex presidente de la República, había salido de Caracas resuelto á poner coto á las pretensiones revolucionarias, y contando con su prestigio, daba por punto menos que concluido aquel conato autoritario de algunas personalidades.

Sobrevino un encuentro que no tuvo grandes resultados ni para uno ni para otro de los dos bandos, pero sí fué la base de un acontecimiento triste y de alguna trascendencia política.

En el sitio donde el combate fué más encarnizado y siguiendo á la izquierda el contorno del valle, medio oculta por un grupo de árboles y como acariciada por la mansa corriente de un cristalino brazo de río, había una casita de modesta apariencia, habitada por una familia indígena de costumbres sencillas y que jamás había tomado parte en las diversas contiendas políticas que desde la época de Guzmán Blanco habían alterado el orden y la tranquilidad.

El abuelo era muy anciano; la hija de éste había perdido á su marido hacía algunos meses y tenía tres hijos ya jóvenes, robustos y ocupados

constantemente en las labores del campo y en llevar á la ciudad próxima frutos y hortalizas para su venta.

En los recodos de aquel valle tenían sus sembrados en praderas lozanas, frondosas y de feracidad extraordinaria.

Uno de los jóvenes indios habíase encaminado como de costumbre á la población, y cosa extraña, pasaron dos días sin que estuviera de regreso.

Entre tanto se acentuaba el espíritu de rebelión que un célebre *manco* capitaneaba con esperanzas de éxito.

Angustiados y no exentos de miedo escucharon desde la vivienda indígena las descargas de fusilería, los gritos y el movimiento de un combate reñido y prolongado.

El abuelo había salido hasta las lindes de un maizal; su hija, más medrosa, no se atrevía á moverse de su asiento, pero cada disparo la hacía estremecer de terror.

Los dos jóvenes abandonaron sus faenas agrícolas para defender su hogar en el caso de que surgiera un atropello ó que tal vez algún herido buscara asilo en el humilde rancho.

De repente se hizo un gran silencio, porque el bando revolucionario, vencido por las tropas del gobierno, había retrocedido, constantemente perseguido

por la columna triunfante, dejando en el valle algunos muertos y varios heridos.

Al alejarse, los soldados del general Crespo tropezaron con un hombre y dispararon tomándolo por revolucionario, y allí quedó sin sentido por algunos momentos.

Al recobrar el conocimiento se incorporó trabajosamente, miró en torno suyo é hizo un gran esfuerzo

Isidoro abrió los ojos, miró á sus hermanos, á su madre, á su abuelo y balbuceó:

—Han sido los soldados del general Crespo... Me muero... Madre...

No acabó la frase. Sus ojos se cerraron y quedó inerte. Había muerto.

La india y su padre cayeron llorando al pie del cadáver. Los dos jóvenes, con los ojos secos, la mirada

brillante y el rencor pintado en el rostro salieron del pobre rancho sin pronunciar una palabra, y cual movidos por un resorte extendieron ambos el brazo en dirección de la hononada por donde habían desaparecido los soldados.

—Ellos han sido, dijo el más joven.

—Tú eres cazador y yo también; sabremos darles caza...

—Sí, haremos con ellos lo que han hecho con Isidoro.

—Uno solo, vida por vida...

Y taciturnos y sombríos volvieron al rancho para enterrar al muerto y llevar á la práctica su idea. El indio es de suyo reservado, y temiendo se opusieran á su proyecto nada dijeron, pero desde el día siguiente espionaron, investigaron y siguieron de lejos todos los movimientos militares.

Ni el abuelo ni la india les interrogaban, pero tal vez adivinaron su pensamiento sin que trataran de disuadirlos.

En aquella gente sencilla y hasta entonces inofensiva se había operado un cambio total. Horas y horas permanecía el abuelo ensimismado y á veces murmuraba: «Si no fuera viejo...»

La madre lloraba en silencio, y los dos indios jóvenes solían estar días enteros fuera de la casa.

Una tarde volvieron cuando cerraba la noche, cargaron los dos fusiles viejos que les servían para la caza, abrazaron á su madre y al abuelo, y al mediar la noche salieron al campo, internándose por una vereda apresuradamente diciendo:

—¿Llegaremos tarde?..

Horas después adelan-

taban las tropas del general Crespo por un camino sembrado de zarzas y matorrales. Hacía días que se cansaban en la persecución del enemigo, y éste no se presentaba á cara descubierta ni aceptaba combate formal.

Rumores confusos anunciaron que entre las tupidas malezas y entre los arbustos estaba oculto el enemigo, siguiendo su sistema de rehuir la lucha, provocando el desaliento en algunos y el empeño formal en otros de activar la persecución.

El lujo de la vegetación tenía semejanza con la entrada de una selva, y no cabía duda que en aquellas espesuras se ocultaba el enemigo.

—A ver, muchachos, á desalojar esos matorrales y ¡fuego!

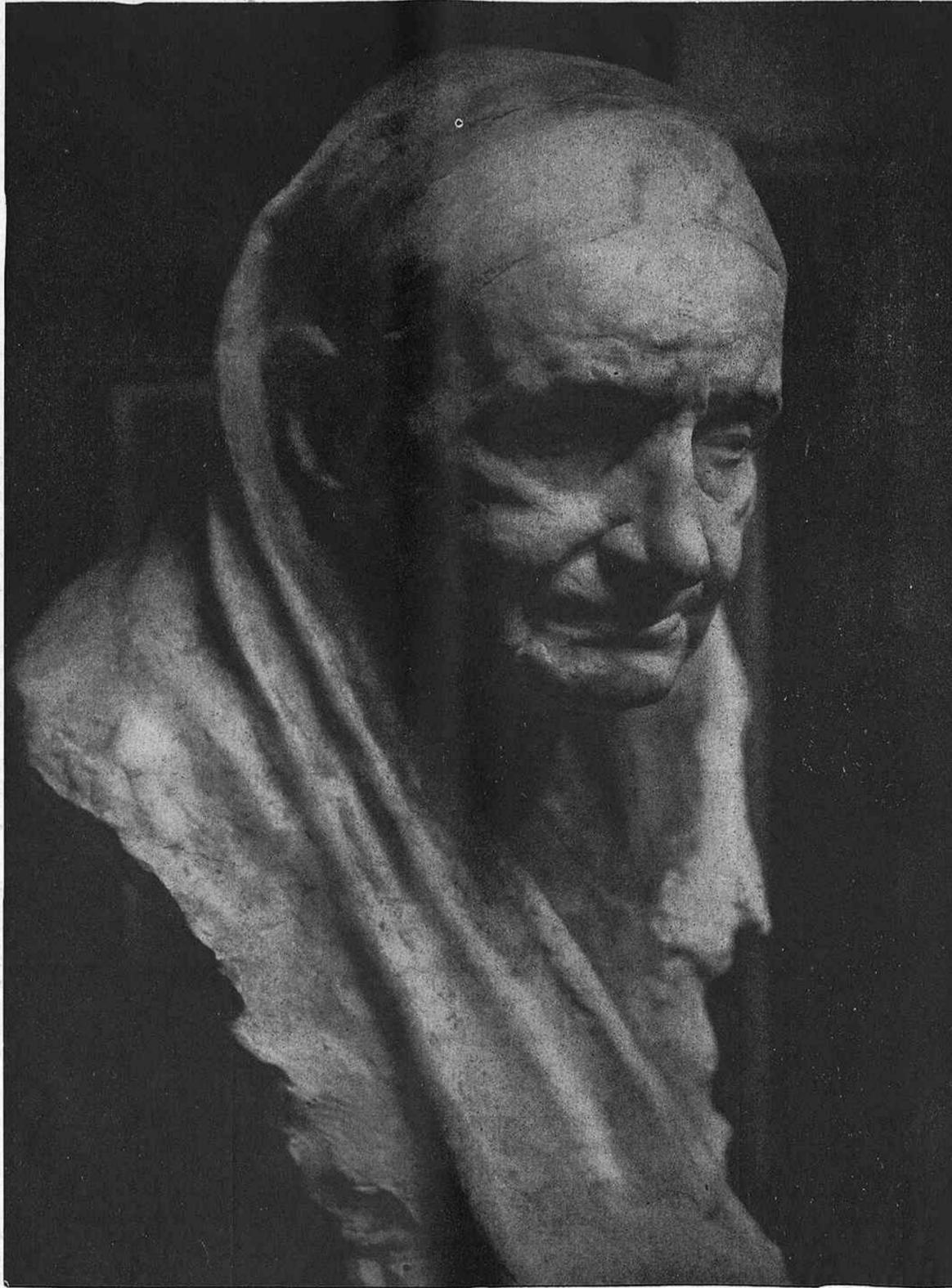
Era el general Crespo quien había formulado la orden, y varios soldados se lanzaron á ejecutarla, interin su jefe adelantaba algunos pasos, deteniendo su caballo y abarcando con la mirada las evoluciones ordenadas.

De repente sonó un tiro, y el general Crespo, abandonando las riendas, cayó desplomado.

La muerte fué instantánea. La bala había sido certera, tal vez no dirigida contra él; ¡quién sabe!..

El indio había vengado á su hermano.

BARONESA DE WILSON.



Vieja silesiana, busto de Naum Aronson

para levantarse, logrando ponerse en pie. Anhelante, dió algunos pasos, volvió á caer, tornó á levantarse, y tropezando con los muertos y estremeciéndose al contacto de los heridos que imploraban auxilio, se dirigió como ebrio á la casita indígena que entre árboles y huertecillos se destacaba abriantada por el sol.

De nuevo tropezó y cayó, porque perdía sangre con abundancia; otra vez logró incorporarse, lanzando un grito ronco que repercutió en el corazón de la india y en el del abuelo, que desde el maizal contemplaban aterrados los vestigios de la batalla.

—Padre, es aquel hombre que cae y se levanta...

—Sí; y me ha parecido Isidoro.

—¡Corramos!

Y sin dar espera al abuelo, se lanzó con la velocidad del relámpago, llegando sin aliento hasta el sitio donde el herido había vuelto á caer diciendo:

—No puedo más...

—¡Mi hijo!, gritó la india.

Casi á la vez llegaron el abuelo y los otros dos jóvenes, y sin detenerse levantaron al herido, conduciéndolo rápidamente hasta depositarlo en la casa y sobre una cama.

—Está muerto, dijo el anciano.

—No, contestó uno de los indios.



DE LA CAMPIÑA ROMANA, cuadro de Vicente Caprile

NOTAS DE SPORT

LA COPA VANDERBILDT.—PASEO RETROSPECTIVO DE VELOCÍPEDOS.—PASEO DE TRICARS Y MOTOTRIS

En Long Island, isla situada al Este de Nueva York y residencia veraniega de los millonarios neoyorkinos, se corrió el día 6 del que rige la célebre copa Vanderbilt, fundada en 1904 por Guillermo K. Vanderbilt, para una carrera internacional de automóviles que se efectúa todos los años. Ese concurso está establecido casi bajo las mismas condiciones que el de la copa Gordon-Bennett, sin otra diferencia que así como en esta última sólo se admiten tres representantes por cada país, en aquella pueden tomar parte hasta cinco.

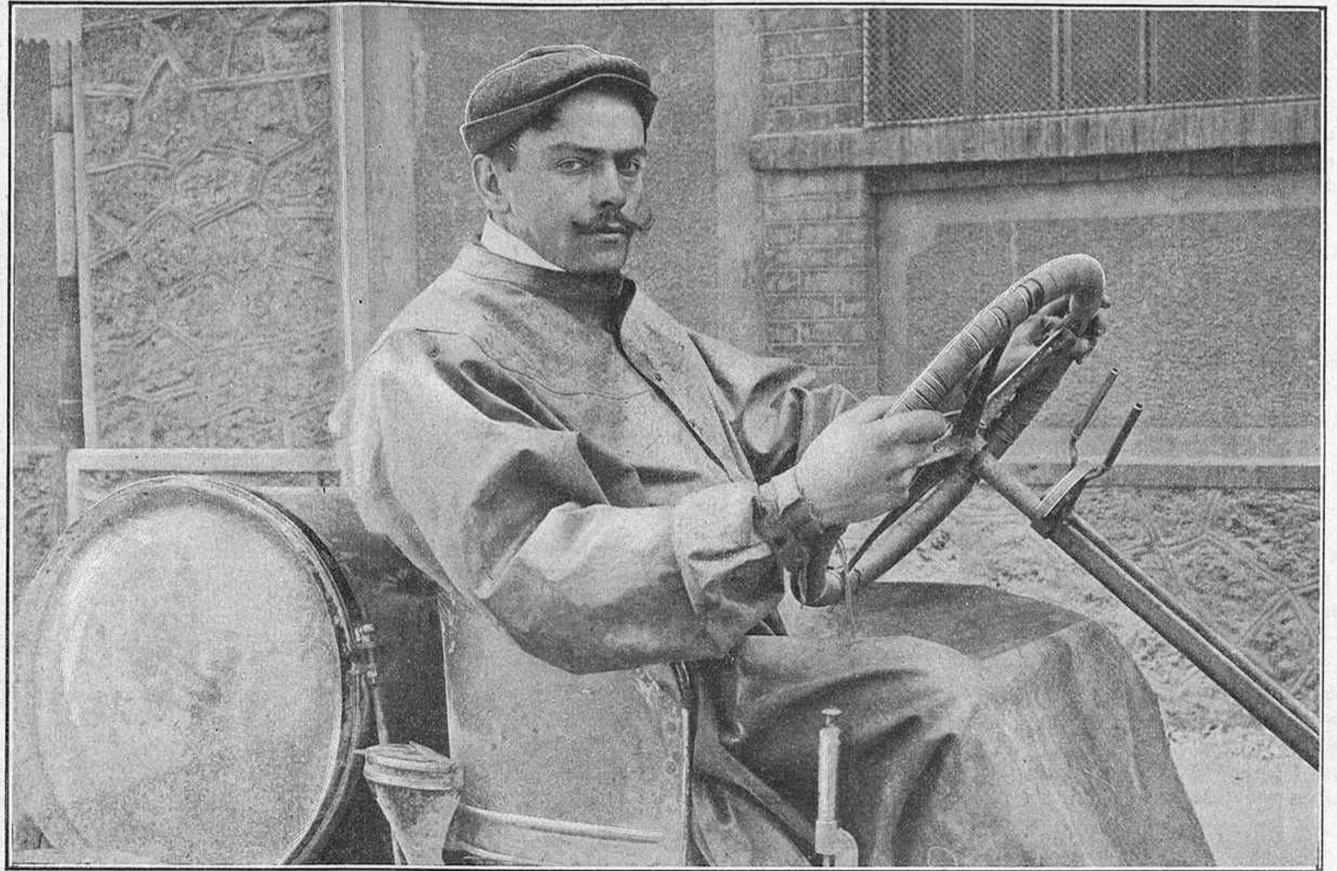
En 1904 y en 1905, la copa fué ganada por la industria francesa; de aquí el interés que ofrecía la prueba de este año, teniendo en cuenta que la copa había de quedar definitivamente adjudicada á la nación que la gane tres años consecutivos. También esta vez ha resultado vencedora Francia, de suerte que á ella pertenece ya en absoluto el tan codiciado premio.

Cuatro países se habían inscrito: Alemania con tres representantes, los señores Jenatzi, Luytgen y Foxhall Keene (automóviles *Mercedes*); Italia con cinco, los Sres. Cagno, Fabri, Lancia, Nazzaro y Weillshott (automóviles *Itala* los dos primeros y *Fiat* los tres últimos); los Estados Unidos con cinco representantes, los señores Tracy, Le Blon, Harding, Lowel y Christie (automóviles *Locomobile*, *Thomas Flyer*, *Hayne*, *Frayner Miller* y *Christie*); y Francia con cinco, los Sres. Clement, Fitz-Scheppard, Heath, Duray y Wagner (automóviles *Bayard-Clement*, *Hotchkiss*, *Panhard*, *Lorraine-Dietrich* y *Darracq*).

La prueba ha consistido, como en los años anteriores, en recorrer diez veces un circuito de 48 kilómetros, y en ella han resultado vencedores: 1.º Wagner, 2.º Lancia, 3.º Duray, 4.º Clement y 5.º Je-

poco á los que corrían, fué causa de que ocurrieran varios accidentes desgraciados. Tres corredores, el italiano Weillshott, el americano Tracy y el francés Fitz-Sheppard hirieron con sus máquinas á varias personas. El primero, al dar una vuelta, perdió la dirección y su automóvil, saltando por encima de una valla, fué á caer entre el público hiriendo á tres individuos,

vuelta, hiriendo más ó menos gravemente á varios espectadores. El tercero arrolló á un espectador imprudente, destrozándole las dos piernas, á consecuencia de lo cual murió el infeliz al poco rato; Fitz-Sheppard, que para evitar la desgracia estuvo á punto de perder la vida, abandonó en seguida la carrera, desesperado por tan fatal accidente.



WAGNER, EL GANADOR DE LA COPA VANDERBILDT, MONTADO EN SU AUTOMÓVIL DARRACQ. (De fotografía de M. Rol y C.^a)

á uno de ellos muy gravemente. El segundo, que á la segunda vuelta se había detenido para quejarse porque la gente invadía la pista, se despistó á la sexta

El diario deportista parisiense *L'Auto* ha organizado una exhibición original de todas las clases de «velocípedos históricos», logrando juntar en ella un centenar de máquinas que el domingo, día 7 de los corrientes, desfilaron á lo largo de los Campos Elíseos.

En aquel paseo retrospectivo figuraron el gran bicicleta denominado «la araña», el velocípedo Michaux, que data de 1864 y que montaba Francisco Michaux, hijo del célebre inventor de aquella máquina; el triciclo de 1866 de Sargent, el inventor de la cadena; la bicicleta Grossot, con un desarrollo de 18 metros; la sextupleta Grossot, de 1896, y la bicicleta más antigua, la de Meyer, de 1868. También concurren varios velocípedos de palancas y el coche hipo-automóvil, que hace algunos meses llamó la atención de los parisienses, como curioso medio de locomoción.

El paseo de tricars y mototris no ha sido un concurso de velocidad ni de resistencia, sino una excursión de placer organizada en París y que se efectuó en los días 6 y 7 del presente mes. En ella tomaron parte multitud de turistas que montaban las conocidas marcas Stimula, Contal, Austral, Darcon, Bru-neau, Griffon, Guerry et Bourguignacn.—S.



PARÍS.—PASEO RETROSPECTIVO DE VELOCÍPEDOS ORGANIZADO POR *L'Auto*, DIARIO PARISIENSE. (De fotografía de M. Branger.)

natzy que hicieron el recorrido: el primero, en 4 horas, 50 minutos, 10 ²/₅ segundos; el segundo, en 4 horas, 53 minutos, 28 ⁴/₅ segundos; el tercero, en 4 horas, 53 minutos, 42 segundos; el cuarto, en 5 horas, 1 minuto, 59 ⁴/₅ segundos, y el quinto, en 5 horas, 3 minutos, 22 ¹/₅ segundos. Las velocidades medias alcanzadas por los cinco corredores han sido, pues, de 100, 98'200, 98'150, 97 y 96'800 kilómetros por hora respectivamente.

La carrera ha sido en extremo emocionante, pues á causa de la exigüidad de la pista, el público ha podido contemplar diez veces el paso de los automóviles, ora agrupados, ora persiguiéndose y siempre corriendo vertiginosamente.

La gran afluencia de espectadores, cuyo número era de algunos centenares de miles, hizo en extremo difícil el servicio de orden, y además de estorbar no



PARÍS.—PASEO DE TRICARS Y MOTOTRIS EFECTUADO EN LOS DÍAS 6 Y 7 DE LOS CORRIENTES (De fotografía de M. Rol y C.^a)

UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA

EN PERSIA

Los persas han dado recientemente al mundo civilizado una lección de calma y de dignidad: sin disturbios, sin más que un cierre de los bazares, apoyando con una especie de huelga general ó fiesta nacional la energía de sus reivindicaciones, están á punto de obtener de su soberano, quien, por otra parte, se presta á ello con la mejor voluntad, lo que llaman una constitución.

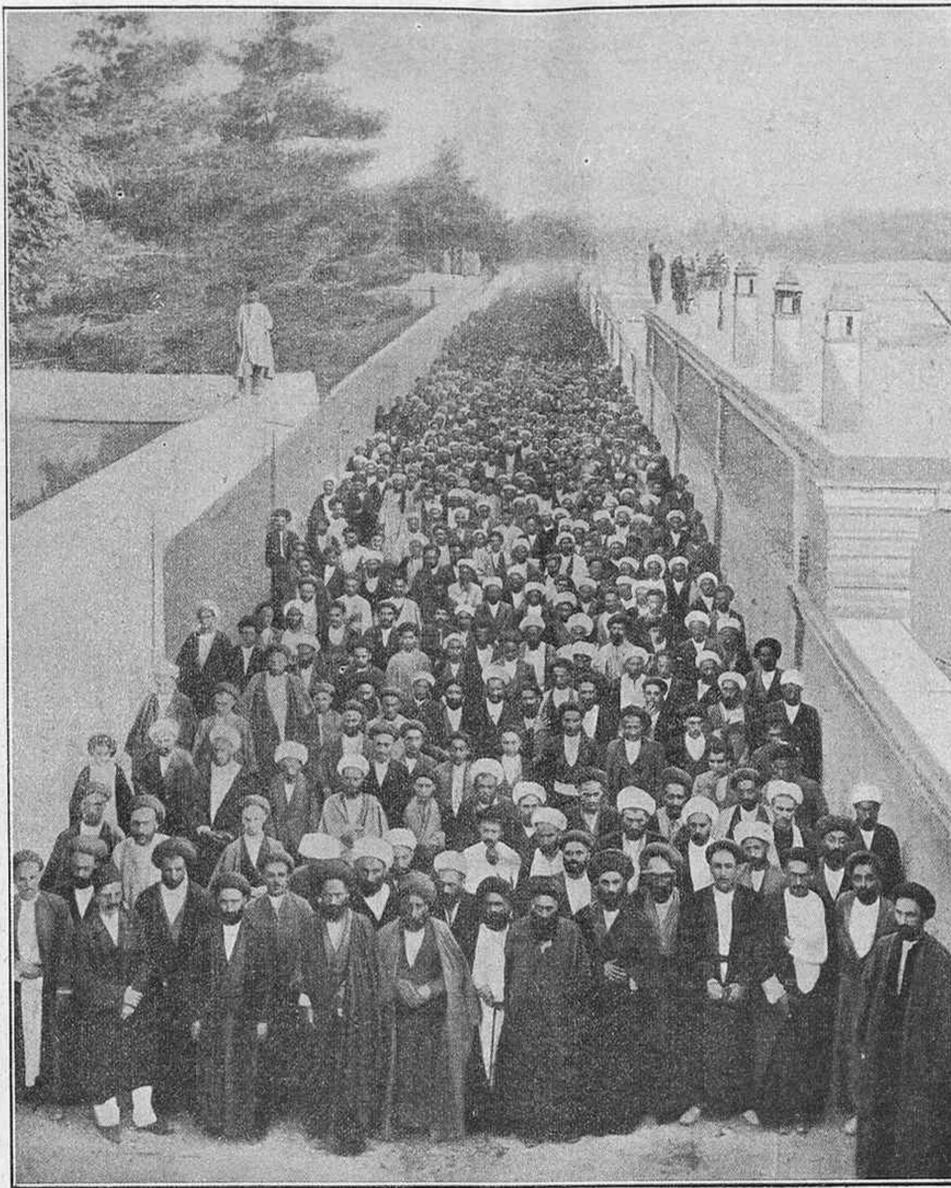
Ya se ha creado allí un Ministerio de Justicia; se han instituido tribunales á los que todos, grandes y pequeños, están sometidos, y próximamente se reunirá en Teherán un parlamento compuesto de diputados, elegidos entre los comerciantes, los sabios, los mulas, los kadjares, etc.

¿Cómo se ha logrado todo esto en unas pocas semanas? En los últimos días del pasado julio los *mujteheds* ó jefes del clero intentaron, aunque sin éxito, amotinar al populacho contra el gobierno, al que calificaban de demasiado retrógrado, de poco cuidadoso de los intereses de la nación, y al que sobre todo censuraban porque dejaba en manos de los europeos la administración de las aduanas y de los correos, principales fuentes de los ingresos del Estado. Con esa algarada sólo consiguieron que los soldados del shah Mozaffer-Edin mataran á algunos *seyyeds* fanatizados, teniendo los fautores del movimiento que huir de Teherán y refugiarse en la famosa mezquita de Qum, puesta bajo la protección de Santa Fatma.

Mas el pueblo no había de tardar en comprender que no podían abandonar sus intereses á los *mujteheds* fugitivos, ni dejar abortar un movimiento del

que dependía acaso su bienestar futuro. En efecto, cuatro mil primero y luego quince mil comerciantes y mulas solicitaron de la legación de Inglaterra una

que todas las tardes acudían á contemplar la transformación de uno de los jardines más elegantes de la capital.—R.



UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA EN PERSIA
LOS MULAS REFUGIADOS EN LA LEGACIÓN DE INGLATERRA EN TEHERÁN. (De fotografía.)

hospitalidad, que había de dar á sus reivindicaciones toda la fuerza de la amistad de Eduardo VII, resueltos á no salir de allí y á no reanudar su vida ordinaria hasta después de haber visto enteramente satisfechas sus aspiraciones, que eran: la destitución del *Atabek* ó primer ministro, que les parecía demasiado reaccionario, y el otorgamiento de una constitución que les garantizara las libertades cívicas.

Sabido es que el shah accedió á sus deseos nombrando ministro de Negocios Extranjeros á *Sadr' aazam*, afecto á las ideas liberales, y dando á conocer inmediatamente las medidas por las cuales se proponía conceder á su pueblo los beneficios de la libertad.

Las fotografías que en esta página reproducimos representan el espectáculo curioso que en el mes pasado ofrecía la residencia del representante diplomático inglés en Teherán. Allí, bajo la sombra de los árboles del parque en donde se habían levantado las pintorescas tiendas de campaña y se confeccionaba la comida para aquella multitud, el pueblo de Teherán esperaba sin impaciencia la realización de sus esperanzas. Ninguna muchedumbre europea se habría portado con más tacto ni con tanta dignidad como aquellos quince mil recluidos que, sin necesidad de embajadores, habían concertado con Inglaterra un nuevo y fecundo acuerdo cordial; no hubo la menor demostración de fanatismo, ni el menor desorden, y todas aquellas gentes mostraron la mayor corrección y la más perfecta cortesía con los europeos



UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA EN PERSIA.—LA COMIDA PARA LOS QUINCE MIL MANIFESTANTES, COMPUESTA DE PAN, QUESO Y LECHE AGRIA. (De fotografía.)



EN ORACIÓN, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés.)



PEGASO, grupo escultórico, obra del laureado escultor Agustín Querol



OLOT. - LA REINA DE LA FIESTA (X) Y SEÑORITAS QUE FORMABAN LA CORTE DE AMOR EN EL XVII CERTAMEN LITERARIO CELEBRADO EL DÍA 10 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO (De fotografía de J. Gasiot.)

OLOT. - XVII CERTAMEN LITERARIO CATALÁN

En Olot celebróse el domingo 10 de septiembre último el XVII Certamen literario, que constituye todos los años el número más interesante de las fiestas que en esa época se efectúan en aquella pintoresca villa.

El teatro Principal ofrecía un hermoso aspecto; todas las localidades estaban ocupadas por una concurrencia tan numerosa como selecta, en la que predominaban distinguidas damas y hermosas señoritas. Presidió la ceremonia el alcalde D. Ramón Torres, y después de un magistral discurso del presidente del Jurado D. José Puig y Cadafech, y de una interesante memoria del secretario D. Claudio Bassols, procedióse á la apertura del pliego que contenía el nombre del poeta premiado con la flor natural, que resultó ser el joven D. Oriol Martí. Eligió éste por reina de la fiesta á la bella y elegante señorita doña Catalina Casademont, la cual pasó á ocupar el trono seguida de la Corte de Amor.

Los demás premios literarios fueron concedidos á los Sres. D. Manuel Ribot y Serra, doña Juana Mallol, D. Agustín Granada, Anguera y Bassetas, D. Jaime Bofill, D. Rafael Masó, Reverendo D. José Espel, D. Ramón Vinyas, Franquet y Serra, D. Federico Serra, Busquets y Punset, doña María Antonia Salbá, D. J. M. Tous, Balansó, D. Ramón Vinyas, Juncosa, D. Jerónimo Gelada, D. Javier Viura y D. Joaquín María Nadal; los premios musicales fueron adjudicados á los Sres. D. Federico Alonso, Sancho Marra-co, D. Juan B. Lambert y D. Julio Garreta.

Terminó tan hermosa fiesta con un brillante discurso del presidente de la Junta organizadora D. Esteban Cardelus.

POTES

MONUMENTO Á JESÚS DE MONASTERIO

La villa de Potes ha querido honrar la memoria de su ilustre paisano el eminente músico don Jesús de Monasterio, erigiéndole un monumento, obra del notable escultor D. Pedro Estany. Sobre una columna circular, surge de entre unas ramas de laureles el busto de Monasterio, de extraordinario parecido; de pie, junto á la columna, en la que se lee el nombre de aquél, una hermosa figura simboliza la Inmortalidad. En la base, hay la siguiente inscripción en letras de bronce: «A Don Jesús de Monasterio sus admiradores.»

La ceremonia inaugural se efectuó con gran solemnidad el día 30 de septiembre último y á ella asistió numerosa concurrencia; pronunciaron sentidos discursos los Sres. cura párroco, alcalde, presidente de la Comisión, y Rodríguez Cosgaya, este último en nombre de la colonia lebaniega de América.



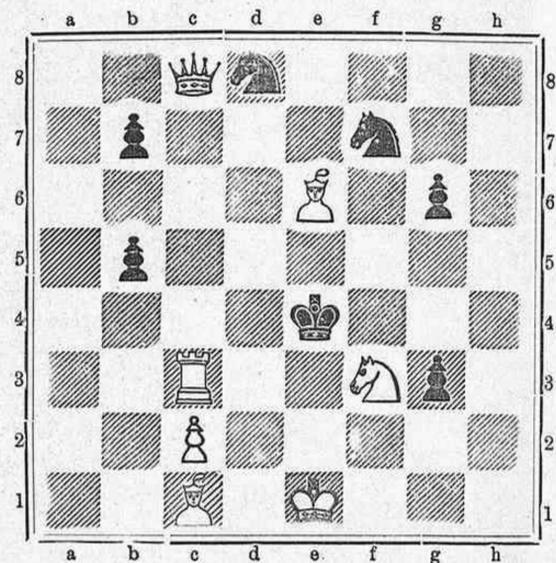
POTES (SANTANDER). - Monumento recientemente inaugurado y erigido á la memoria del eminente violinista y compositor Jesús de Monasterio, obra de Pedro Estany; (De fotografía de Alvaro Fernández.)

RECTIFICACIÓN. - Al dar cuenta en el número último de la inauguración del nuevo edificio para Hospital Clínico y Facultad de Medicina y al describir dicho edificio, incurrimos en algunas equivocaciones: el Sr. Doménech y Estapá, director de las obras, es D. José y catedrático de la Facultad de Ciencias, no de la Escuela de Arquitectura, como erróneamente dijimos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 442, POR V. MARÍN.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 441, POR V. MARÍN.

Blancas.

1. Cf6-g4
2. Dh6-h5
3. C mate.

Negras.

1. Rf5-e4
2. R juega ú otra.

VARIANTES

- 1..... c2-c1 (C); 2. Cg4-f2, etc.
 c2-c1 (D); 2. Ce4-d6 jaque, etc.
 Rf5xg6; 2. Dh6-g6 jaque, etc.
 Otra jug.ª; 2. Cg4-f2 ó Cc4-d6 jaq., etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
 créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El matrimonio cambió una mirada de inteligencia; la condesa hizo una inclinación de cabeza dulcemente resignada y el conde tomó la palabra:

—Querida niña, sospechamos por tu expresión dichosa que Gerardo te ha hablado antes de marcharse, y que lo que te ha dicho no te disgusta. Si tu corazón—guiado, acaso, por esos dos niños inocentes á quienes ambos amáis—está de acuerdo con el suyo, no pondremos obstáculo á vuestra voluntad. Nuestras ideas se han modificado hace algún tiempo, y añadiré que hay un interés de familia de los más poderosos que nos hace desear tu matrimonio con Sebourg. Te explicaré...

No pudo acabar; su hija abrió unos ojos de espanto, juntó las manos convulsas, y con la cara tan alterada que nunca la habían visto de aquel modo, arrojó un grito del que sus padres quedaron como traspasados.

—¡Mi matrimonio... con Sebourg!..

También ellos palidecieron, y Cristiana distinguió en su estupor una molestia, una confusión, una complicidad, que la consternaron. ¡Pero fué aquello tan rápido! Acaso se había engañado. Su madre se levantó, la rodeó con sus brazos como temiendo verla caer al suelo, y murmuró á su oído:

—Creíamos... Pensábamos que estabas al menos preparada. Cálmate, querida mía... (Cristiana estaba temblando á su lado.) Puedes estar segura de que nadie te obligará..., nadie.

Cristiana pensó, mientras le parecía que aquel paisaje familiar cambiaba de aspecto:

—¡Que nadie me obligará! ¿Hay, pues, razones para obligarme? Mis padres ven una necesidad en esa cosa horrible. La desean. ¡Es inaudito!.. ¡Inverosímil!.. ¿Pero desde cuándo?.. ¿Por qué?

VIII

SR. D. ANTONIO LE BRAY

Calle de La Rochefoucauld, París.

Feuilleres y octubre de 19...

«Muy señor mío: No quiero que sepa usted por una simple esquela la nueva desgracia que nos hiere y que es inmensa. Mi pobre padre ha dado el último suspiro al amanecer de ayer. La causa inmediata de su muerte ha sido un enfriamiento cogido en la pesca durante uno de los primeros días helados y húmedos del otoño. Pero temo que haya preparado ese fin rápido una gran depresión moral.

»Hacía unos meses el conde estaba triste y preocupado. No he podido medir más que en parte la profundidad de la pena que le minaba y que no me reveló—sin duda por no afligirme—cuando estaba en buena salud. ¡Y nos ha dejado tan de prisa!.. ¿Qué inquietud roía á aquel pobre corazón? ¿Se refería á mí?.. Lo ignoraré acaso siempre, pues no me atrevo á preguntar á mi madre, cuyo dolor es horrible.

»Usted ha conocido de cerca al ser admirable que nos es arrebatado; usted le ha dado su última alegría terrenal. Nunca olvidaré su fisonomía feliz y animada cuando acababa de recorrer con usted nuestra querida y vieja morada, cuando su arte de usted había resucitado para él sus muros medio derruidos.

suela, de que me presta su fuerza. ¿Qué haría yo sin ella, Antonio, y sin el socorro de Dios? Porque no es solamente mi dolor lo que me aniquilaría, pues debo soportar también el de mi madre...

»Hasta la vista, amigo mío. La pluma se me cae de las manos. ¿Qué decir á usted?.. Me creía valiente, y las lágrimas me están ahogando. Piense usted en mí.

»Cristiana.»

Cuando Antonio recibió esta carta, experimentó primeramente, y antes de que la voluntad interviniese en sus sentimientos, una sacrilega dicha; así es el corazón humano; el suyo saltó con una alegría inmensa. Había una circunstancia que le obligaba á ver á Cristiana, en seguida, sin tardanza, en cuanto un tren pudiera llevarle. Y Cristiana huérfana, aislada y quebrantada de pena, le parecía ya suya; la joven se refugiaba en él, y él iba á convertirse en todo para ella. Ya la envolvía moralmente de protección y de consuelo. Una loca fiebre de palabras cariñosas y tiernas le temblaba en los labios. ¡Cristiana!.. ¡Cristiana en lágrimas!.. ¡Cristiana en tal duelo!.. ¿Qué abnegación se apoderaba de él!.. ¿Cómo no confesarse, á pesar de la rebelión de su conciencia, la terrible alegría de poder demostrar esa abnegación?

El acto físico estuvo en correspondencia con la exaltación inmediata. El joven se precipitó hacia su biblioteca y buscó el sitio en que creía encontrar una guía de ferrocarriles. El primer tren para Montauban salía aquella noche á las nueve; por la mañana estaría en Feuilleres, á tiempo de asistir al entierro. La esquela de funeral, que llegó por la tarde, le cercioró en esa idea; el conde sería enterrado al día siguiente en el cementerio de la aldea, que era el antiguo cementerio del castillo, en el que estaban enterrados sus antepasados.

Al recibir Antonio aquella esquela, había ya recobrado el dominio sobre su ser íntimo. No llegaba á ahogar el clamor de embriaguez que zumbaba en él á la idea de que iba á ver á Cristiana y á tomar en su corazón un puesto mucho mayor por lo mismo que estaba más desolado; no, no podía abstraerse á esa satisfacción detestable, pero conseguía no abandonarse á ella y no convenir en eso consigo mismo, único recurso de la pobre virtud humana contra la sorpresa de los instintos.

La intervención material de la esquela fúnebre prestó ayuda á la honrada voluntad de Antonio, que fijó en ella unos ojos llenos de lástima; una sincera emoción se apoderó de él cuando leyó impreso en solemnes mayúsculas, dentro del ancho cuadro negro y entre las fórmulas mortuorias, este nombre ya borrado de entre los vivientes: el conde Enrique Horacio de Feuilleres. Aquella existencia que había hecho palpitar á la suya de simpatía, de ansiedad y de esperanza durante unos días inolvidables..., estaba abo-



En uno de los salones del castillo, el notario de la familia Sr. Rastoul...

»Creo que nunca antes ni después he visto á mi padre como en aquellos días benditos.

»¡Cómo esperábamos todos entonces que volverían muy pronto, para ser más duraderos!.. ¡Ay!.. Poco después, no sé qué atmósfera de desgracia ha penetrado en esta casa.

»Si no creyera más que en el ciego azar ó en el encadenamiento de causas cuyo punto de partida estuviera en no sé qué antro horrible de las universales tinieblas, diría que una fatalidad pesa sobre nosotros; pero ya sabe usted que tengo fe. ¡Ah! ¡Qué preciosa es para mí en este minuto!.. Piense usted que tengo la completa certeza de no haber perdido para siempre á mi padre adorado; tengo la sensación de que su alma está presente, de que me habla, de que me con-

mo que estaba más desolado; no, no podía abstraerse á esa satisfacción detestable, pero conseguía no abandonarse á ella y no convenir en eso consigo mismo, único recurso de la pobre virtud humana contra la sorpresa de los instintos.

La intervención material de la esquela fúnebre prestó ayuda á la honrada voluntad de Antonio, que fijó en ella unos ojos llenos de lástima; una sincera emoción se apoderó de él cuando leyó impreso en solemnes mayúsculas, dentro del ancho cuadro negro y entre las fórmulas mortuorias, este nombre ya borrado de entre los vivientes: el conde Enrique Horacio de Feuilleres. Aquella existencia que había hecho palpitar á la suya de simpatía, de ansiedad y de esperanza durante unos días inolvidables..., estaba abo-

lida. Antonio apoyó en la mano una frente melancólica; asaltáronle las lágrimas y su pecho se contrajo; la imperiosa alegría de hacia un momento se dispó en él como el humo ante un soplo de angustia que tenía el frío de la muerte y el gemido de la incertidumbre.

Ese momento de turbación pasó, y se iniciaron en él reflexiones más precisas. En aquella esquila de defunción chocó á Antonio otro nombre, el de un vivo, de vida tenaz, molesta y agresiva: Gerardo de Sebourg, como yerno, venía en primera fila entre los parientes; él era quien conduciría al difunto hasta la última morada. Su encuentro era inevitable.

¡Qué importa! Pensó el arquitecto después de haber reflexionado rápidamente si ese encuentro podía alarmar á la señora de Feuilleres ó á su hija, y si no tenía el deber de conveniencia de abstenerse. (Muy urgente tenía que haber sido ese deber.) Antonio no le vió, y era buen juez en delicadeza. Su diferencia con Gerardo no podía impedirle ocupar su puesto de amigo de la familia en los funerales del conde; y por muy violento que fuera el carácter de su antiguo amigo, sabía que era incapaz de provocar un escándalo ni siquiera un incidente de rencor personal entre mujeres llorosas y delante de un ataúd.

Las cosas pasaron en esto de distinto modo que como Antonio las había previsto: se había representado de antemano la actitud glacial de Gerardo, y puesto que éste era el iniciador del rompimiento, esperaba su salud, que no vendría sin duda. Sebourg afectaría ignorarle y él guardaría la mayor reserva, lo que sería fácil, puesto que no se encontrarían en presencia más que en el momento de la ceremonia fúnebre.

Ahora bien, cuando al día siguiente, á las diez de la mañana, se presentó Antonio en el castillo é hizo pasar su tarjeta, preguntando si la señora ó la señorita se dignarían recibirle, se quedó lleno de estupor al ver aparecer á Gerardo en el salón en que él esperaba.

Sebourg tenía aún en la mano la tarjeta que le habían entregado.

—He visto tu nombre, dijo, y he venido á ti.

Antonio se quedó vacilante. ¿Qué significaban aquella frase y aquel acto? La cara taciturna de Gerardo no lo explicaba, sobre todo en el lúgubre ambiente que la ensombrecía aún. Pero Sebourg le presentó la mano.

—Vamos, Antonio, mi cólera ha sido, acaso, injusta. Y además...

Hizo un gesto vago, como para separar para siempre ciertos recuerdos, y no acabó, impedido como siempre por su poca facilidad de palabra. Antonio, que le conocía, creyó comprenderle; aquel hombre casi desprovisto de sentimiento, dotado de una potente vida instintiva y al que había conocido libre de pensamiento, alegre á su modo y en plena satisfacción de sus gustos deportivos y sensuales, acababa por sublevarse contra el encarnizamiento de la suerte funesta, contra el drama, las lágrimas y la muerte; si su pensamiento brutal y simple se hubiera atrevido á traducirse, hubiera, acaso, tomado esta forma:

«Y además, los muertos y sus secretos ya no me interesan. Estoy harto de sollozos y de duelos; me pesa todo lo que me une á la tumba; quiero olvidar, quiero vivir.»

La intuición de Antonio era justa, pero no iba hasta el fin. Gerardo, enamorado de Cristiana y habiendo olvidado á Antonieta, no comprendía ya el sentimiento del marido engañado ni la celosa angustia, ardiente de remordimientos, que le enloquecía contra su amigo mientras vivía en él la cabeza sangrienta y creía oír á aquella pobre boca convulsa designarle como un homicida.

Antonio tomó la mano que se le ofrecía, pero sin entusiasmo. En aquel ofrecimiento de reconciliación percibía otra cosa, en la que tampoco se engañaba: la intención en Sebourg de interponerse entre Cristiana y él.

La verdad fué que tuvo que insistir para ver á la joven, á la que se suponía encerrada en sus habitaciones. Cuando al fin fué advertida Cristiana y le hizo subir á verla en la biblioteca, Antonio tuvo la contrariedad de ver que Gerardo le seguía los pasos.

El joven se sintió paralizado por aquella presencia, que le pareció sospechosa y significativa. Por otra parte, los lazos amistosos entre su amigo y él, brutalmente rotos, no se reanudaban de aquel modo, instantáneamente; resultaba una situación molesta, y Antonio se sentía más cortado y más frío que cualquier extraño ante aquella Cristiana pálida y con los ojos enrojecidos hacia la que toda su alma gritaba ternura, mientras sus labios permanecían torpes y balbucientes.

Su turbación no le impidió notar que también Cristiana estaba violenta. Pero la joven dominaba singu-

larmente su dolor y dió detalles sobre la última enfermedad de su padre con esa calma impersonal y ese pudor defensivo de los sentimientos íntimos que los seres más sensibles obtienen al contacto de una naturaleza antipática. Antonio no la reconocía ni la comprendía; Cristiana le parecía alejada de repente. ¿Cómo iba á adivinar que el elemento de malestar estaba entre la joven y su cuñado?

Pero Cristiana le dijo, con una voz en la que se percibió al fin una vibración profunda:

—¿Quiere usted verle?

Antonio respondió con una inclinación de cabeza y una mirada.

—Venga usted, dijo Cristiana.

Salieron y Sebourg los siguió. Pero en el ángulo del vasto corredor que conducía á la habitación del conde, Cristiana se volvió.

—Se lo ruego á usted, Gerardo...

Y le detuvo con la voz, con la mano y con los ojos. Bajo aquella forma de ruego había una orden tan terminante, que aun aquel hombre tan locamente voluntarioso se quedó como clavado en el suelo. La hora era solemne; el deseo filial, sagrado; la silenciosa altivez de la joven, impresionante; Gerardo no insistió, y Antonio vió en la actitud de aquellos dos seres alguna cosa anormal.

Pasó un minuto, y otras soberanas impresiones barrieron ese débil presentimiento fuera de su mente. Estaba solo con Cristiana enfrente del muerto. La religiosa, á quien habían encontrado en oración al lado de la cama, se eclipsó discretamente.

Los dos guardaron silencio; pero sus dedos se unieron, y ambos contemplaron aquella cara de nobles perfiles, de líneas finas y puras, como de una cera admirable. El cuerpo se borraba bajo la colcha de un rojo sombrío que se levantaba ligeramente en el sitio de los pies. Sobre el embozo, sus manos elegantes tenían un rosario. En su pecho reposaba un crucifijo. En la sombra de la habitación, cuyas ventanas estaban cerradas, palpaban débilmente las llamas de las velas. Un perfume amargo y nostálgico subía de un brazado de crisantemos, cuyas flores rojizas, amarillas ó blancas rodeaban la larga y rígida forma. Última florescencia de otoño cortada en el antiguo parque. El alma del dominio, todos los vientos que lloraban en las encrucijadas de los paseos y en las grietas de las piedras, como voces confusas de la raza, se exhalaban en aquel aroma agreste. El misterio de la muerte y de la vida oprimió dolorosamente á Antonio.

¿Qué sabemos? ¿Qué audacia filosófica es esa que pretende explicar el enigma inexplicable de nuestro destino? ¿En qué viene á parar el orgullo más afirmativo ante la faz inmóvil para siempre de un ser querido? La ciencia dice: «Nada.» Pero debiera entender la nada de sus propios fines. ¿Cómo el pensamiento viviente puede concebir una verdad más allá de él mismo? Si ese pensamiento se extingue para siempre en la agonía, no puede definir un estado que sucederá á lo que él fué. ¿Qué es la aniquilación? Esa idea es menos accesible á nuestra mente que, por ejemplo, la de la gravitación universal, otra apariencia con que se engaña nuestro saber, el cual no puede percibir en parte alguna el sentido de la naturaleza ni el de sus leyes. ¿Por qué disponer, entonces, de lo incognoscible en la infatuación de nuestra débil inteligencia? ¿Por qué no murmurar: «Ignoro...» cuando la imposibilidad de admitir una revelación divina no nos permite exclamar: «Espero?..»

Esto le ocurrió á Le Bray. Su alma, todavía llena de ecos cristianos, como casi todas las nuestras, y más mística por sentimiento que verdaderamente racional, debía recibir esa enseñanza ante aquel lecho de muerte. Allí yacía un hombre cuya existencia tenía, por los abuelos de la misma sangre, del mismo ideal y de la misma creencia, infinitas raíces en el pasado. ¿Acaso tantas fuerzas acumuladas á través de los siglos no proyectaban nada más allá de aquella carne enfriada? Todavía decían algo en la intensa expresión de las nobles líneas. La cabeza muerta comprendía de sus facciones la esencia misma de la raza más aún que en otro tiempo la cabeza viva. Sobre aquel reposo flotaba una inmensa esperanza.

Pero sintió además una emoción al lado de aquella querida criatura, el temblor de fe y de dolor que pasaba de los frágiles dedos de Cristiana á la mano varonil que los estrechaba silenciosamente... ¡Ah! Creer con ella y como ella... Darle ese consuelo en semejante hora...

El ardiente impulso se convirtió en realidad. De repente, Antonio cayó de rodillas, y apoyando la frente en la cama, prorrumpió en un profundo sollozo; Cristiana se arrojó y lloró también... Aquello duró cinco minutos.

Cuando se levantaron, la joven le miró profundamente y dijo:

—¿Ha rezado usted?

Antonio respondió bajando la cabeza y con los ojos blancos todavía de su ensueño:

—Puede ser...

Cristiana le señaló á su padre con la mirada.

—¿Cree usted que no todo estaba aquí, y que este ser tan admirable y tan bueno no será enterrado entero esta tarde?

—Lo creo.

—¡Ah!, exclamó Cristiana con ardor, su alma está aquí todavía; ella ha conquistado la de usted, Antonio. Él ha obtenido esta gracia para su hija.

Se inclinó hacia la almohada, pasó un brazo por el pecho del muerto con un ademán de indecible ternura, y aproximó los labios á aquella frente helada. Antonio le oyó decir en un suspiro:

—¡Gracias, padre mío, gracias!

Él también juntó las manos para dar las gracias no se sabe á qué fantasma ó á qué dios. Su corazón se fundía en una emoción sobrehumana. El amor iba á él en la muerte tan divinamente fuerte y puro, que le dejaba anheloso y deslumbrado. No se atrevía, sin embargo, á arriesgar un movimiento ni una palabra, pues nada hubiera sido digno de aquella niña maravillosa en aquella hora solemne. Pero ¡cuánto amaba á Cristiana!.. En aquel instante le consagraba todo su ser y hasta su orgullo filosófico. Se sentía lleno de la antigua invocación nupcial: «Tu casa será mi casa, y tus dioses mis dioses.»

Cuando Cristiana salió con Antonio de la cámara mortuoria, los dos estaban dominados por una de esas impresiones desmesuradas que ensanchan el alma más allá de los límites ordinarios de la vida. Cada uno de ellos estaba cierto de que el otro participaba de ella y se creían más irrevocablemente ligados que si hubieran cambiado juramentos. Todo esto estaba en sus ojos cuando se miraron; pero Cristiana dijo simplemente:

—Voy á ver cómo está mi madre. Nadie entra á verla más que yo; sin embargo, creo que deseará darle á usted la mano.

En la obscuridad casi total del saloncillo en que estaba la condesa y al que él fue llevado, Antonio distinguió mal la cara de la viuda. Su corazón se oprimió con una intensa piedad. No era aquel ya el dolor magnífico de entusiasmo, de esperanza y de juventud y caldeado por las llamas insidiosas del amor; se encontraba en presencia de lo irreparable. Desplomábase allí una existencia más atrozmente que en la pieza próxima donde yacía el cadáver. Hasta tuvo el presentimiento de un desastre que iba más allá del trágico duelo. Adriana, sin embargo, no había profesado ni una queja. Cogió en la sombra la mano del joven, hizo un indecible movimiento de cabeza y, con un gesto, le impidió decir lo que pensaba. Antonio no pudo hacer más que inclinarse y marcharse en seguida.

A pesar de la exaltación en que siguió viviendo todo el día, acometieron á Antonio crisis de egoísmo como las que había tenido que combatir el día anterior. De este modo, le fué absurdamente penoso ver á Sebourg ir solo delante de todo el mundo detrás del coche fúnebre. La afirmación visible de que aquel hombre era el jefe de la familia, ocupaba ahora en Feuilleres un puesto preponderante y tenía, hasta cierto punto, derechos de árbitro, de director y de consejero para con Cristiana, mientras que él no era más que un amigo, reducido á la discreción de ese papel, le hacía un daño casi físico. Las observaciones fugaces de la mañana volvían á su mente más significativas. Gerardo no tenía con su cuñada una actitud solamente fraternal. Esta noción se impuso á Antonio. Su voluntad la rechazó; pero volvió á presentarse.

En el cementerio sintió de nuevo otros mezquinos sufrimientos. La concurrencia era allí poco numerosa, pero casi enteramente compuesta de primos en diversos grados, personalidades aristocráticas de Montauban y sus alrededores, á quienes él, parisiense á quien nadie conocía, debía ceder el puesto. La distancia material y moral entre Cristiana y él, aumentaba; la joven estuvo rodeada y sostenida por solícitas señoras, y Antonio no pudo acercarse á ella más que en el desfile, ni encontró aquellos queridos ojos á través del velo de crespón que ocultaba la explosión de llanto del cruel minuto, cuando, con la pala de plata en la mano, tuvo que arrojar la primera tierra sobre el ataúd.

Antonio se alejó tomando al azar un camino que le parecía ser el de Montauban. Quiso ir á pie, importándole poco que la distancia fuese larga. Lo que iba á serlo hasta parecerle sin fin, era esperar en esa ciudad que las conveniencias le permitiesen volver á Feuilleres para tener con la que amaba, y por la que sabía que era amado, una conversación decisiva. No podía dudar de lo que sería esa conversación ni del final delicioso que la terminaría. Aquel debía ser el

compromiso supremo. Después..., tendría todas las paciencias. Por muy lejana que fuese la fecha que ella fijase para su unión, se resignaría. Llegaría a ser feliz, estaba seguro; pero hoy... Toda su esperanza palpitaba bajo las cortinas de una cama mortuoria, cuya sugestión sagrada evocaba sin cesar, pero cuya sombra pesaba sobre su corazón. Su varonil juventud ardía en deseos de volver al claro esplendor de la vida. ¿Cuándo tendría entre sus manos las de Cristiana y recibiría la confesión de su amor, no entre lágrimas, sino con la más divina sonrisa?

Antonio caminaba entre estas alternativas de loca impaciencia y de enternecimiento; su fiebre de amor animaba apasionadamente el paisaje de octubre, el camino amarillento y medio seco con finas rodadas de agua reluciente, las viñas rojizas y deshojadas y el gran espacio tranquilo bajo un cielo de gasa y de nácar, hasta los horizontes morados.

IX

En uno de los solemnes salones del castillo, el notario de la familia, Sr. Rastoul, de Montauban, leyó el testamento del difunto conde de Feuilleres.

Aquel testamento era corto.

Como el difunto, al casarse por segunda vez, había reconocido a su mujer una renta vitalicia, que no podía ser cedida ni embargada, nombraba a la condesa Adriana en sus últimas voluntades más que para proclamar su ternura hacia ella y su agradecimiento por la dicha que le había dado. Así evitaba el escollo de que pareciese que en el último momento perjudicaba en nada a los descendientes del primer matrimonio en favor de una persona por la que siempre había temido sus disposiciones hostiles. Todo lo que poseía en bienes muebles é inmuebles era dividido en dos partes: una para Cristiana y otra para los hijos de Antonieta. Siendo éstos menores, debía efectuarse una liquidación total; pero Feuilleres expresaba el deseo, en forma de ruego solemne a sus herederos, de que el castillo no fuese vendido, sino que, por un arreglo amistoso, esta morada y sus dependencias perteneciesen a su hija. El resto de la fortuna, superior a la valoración más elevada que se pudiera hacer de la finca, garantizaba los intereses de sus nietos. El título hereditario no constituía, según la ley francesa, un valor transmisible. El último poseedor de ese título expresaba solamente el deseo de que el hijo mayor de Cristiana—si Cristiana tenía hijos—le llevase en recuerdo de los antepasados, después de haber obtenido legalmente la autorización de añadir a su nombre el de Feuilleres. A falta de herederos directos de Cristiana, ese privilegio recaería en el joven Francisco de Sebourg.

El testamento fué escuchado en el más respetuoso silencio y no suscitó ninguna objeción. Sebourg dijo en seguida al notario que iba a ponerle en relación con el suyo de París para que entre los dos buscasen los medios de conciliar las exigencias administrativas con la más estricta ejecución de la voluntad de su suegro.

La señora de Feuilleres y su hija, que oyeron esta frase, no pudieron menos de cambiar una mirada de satisfacción. Pero en seguida se retiraron. Desde la muerte del conde, vivían aisladas en sus habitaciones y comían juntas en el saloncillo particular de la condesa, mientras Gerardo, con sus hijos y la institutriz, era servido en el comedor. El estado moral y físico de su madre proporcionaba a Cristiana el mejor pretexto para alejarse de un hombre cuya obstinada es-

peranza y cuya tenaz pasión le inspiraban una alarma que llegaba, á veces, hasta la angustia. Eran tales su reserva y su prudencia, que, á pesar de su solicitud por sus sobrinos, evitaba ocuparse de Roberta y de Francisco desde que la desgracia reciente había traído á su padre al lado de los niños. Aquellos inocentes, por sus mismas monadas, tenían un modo peligroso de establecer la familiaridad. Había, pues, sido precisa la apertura del testamento para ponerla enfrente de Sebourg; pero también allí la emoción de su madre le permitió eclipsarse en cuanto la formalidad estuvo cumplida. Cristiana pensaba que nada re-

pleitear conmigo ó con mis herederos por un valor ilusorio.

—¡Pleitear contra tí!, murmuró la condesa con un extraño estremecimiento.

—No se trata de eso, dijo la joven en tono más ligero, envolviendo en sus brazos á la pobre mujer, como se tranquiliza á un niño miedoso.

Pero Cristiana pensaba: «Mamá no sospecha que el amor de Gerardo es más temible para mí en este momento que su ambición ó su cupidez. ¡El, intentar un pleito! Si no fuera odioso el discutir los deseos de mi padre, casi lo desearía. ¡Qué barrera entre él y yo!»

Cristiana hubiera visto con gusto que se abriese un abismo entre ellos dos. Mientras sintiera merodear alrededor de ella, en la sombra, el ardor de aquel hombre, no se atrevería á abrir su corazón á la esperanza y al amor. Sin saber exactamente lo que debía temer, sentía pesar sobre su destino como una amenaza.

Al día siguiente sintió una aguda punzada de aprensión cuando su doncella fué á entregarle una esquila de Sebourg solicitando el favor de hablar con ella en particular de un asunto de los más graves.

La veleidad que tuvo Cristiana de eludir semejante obligación no duró más que el espacio de un relámpago. Su cuñado sentiría terriblemente la injuria de una desconfianza, después de todo inmerecida. Lo que tenía que decirle sería probablemente de un orden distinto de lo que ella temía: la memoria de su hermana y de su padre, la seguridad moral de su madre y la educación de sus sobrinos, eran asuntos de los que podía ser necesario que hablasen. Cristiana no tenía derecho á suspender intereses sagrados de familia en nombre de sus delicadezas particulares. Su altivez la garantizaba contra lo demás. Armada con esa altivez, acudió á la cita.

Gerardo la esperaba en una pieza de la planta baja, especie de despacho en el que, en otro tiempo, pasaba ella las veladas con sus padres.

En una tarde como aquella, cubierta y lluviosa, la decoración era sombría. Los tapices de las paredes, los retratos antiguos, las oscuras molduras, los profundos huecos de las ventanas que hacían retroceder la luz turbia y gris, y un mueblaje macizo de cuero incrustado de pálidos dorados, todo allí llevaba un carácter de recogimiento y de recuerdo; en aquel salón

de una intimidad tan antigua, parecía que el menor movimiento debía despertar el murmullo de las confidencias de otro tiempo, dormidas en las esquinas oscuras.

Sebourg, en pie al lado de una ventana y con los ojos perdidos en las mojadas perspectivas del parque, se volvió vivamente al oír entrar á su cuñada.

Gerardo le salió al encuentro y dijo en seguida cogiéndole la mano:

—¿Por qué huye usted de mí?... ¿Por qué me tiene miedo?

Aquel coloso temblaba y su voz era insegura. Cristiana hubiera preferido verle brusco y agresivo. El sufrimiento del prójimo le quitaba toda su fuerza. Pero una imagen evocada de repente se interpuso como una armadura é hizole erguirse para la lucha.

—¿Para qué tales frases, Gerardo? No huyo de usted, puesto que aquí estoy. Pero, si he venido, es que espero de usted palabras razonables y serias.

—¡Ah, muy serias!, dijo Sebourg reponiéndose por un acceso de orgullo, mientras la sangre se agolpaba en su rostro.

(Se continuará.)



—¿Por qué huye usted de mí?... ¿Por qué me tiene miedo?

tenía allí á su cuñado, siendo así que en Feuilleres estaba Gerardo en casa de la joven; según la decisión del difunto jefe de la familia. No dudaba de que su cuñado tendría el tacto de marcharse prontamente.

—Estimémonos dichosas, le hizo observar su madre, de que Sebourg no haya objetado nada contra la última voluntad de tu pobre padre; me hubiera atrevido entrar en lucha con él.

Había en la entonación de Adriana una expresión de tranquilidad que se parecía casi al gozo. En aquella mujer tan quebrantada por la pena y envejecida diez años en unos días, era asombrosa tal vivacidad de satisfacción, que chocó á Cristiana.

—Ciertamente, mejor es así, dijo. Pero, en fin, ¿de qué puede quejarse? Los intereses de sus hijos están á salvo.

—Esta hermosa finca de Feuilleres...

—Es una carga; hay que quererla como yo para reivindicarla. Por otra parte, hubiera habido que venderla, con gran pérdida naturalmente.

—El título va unido á ella.

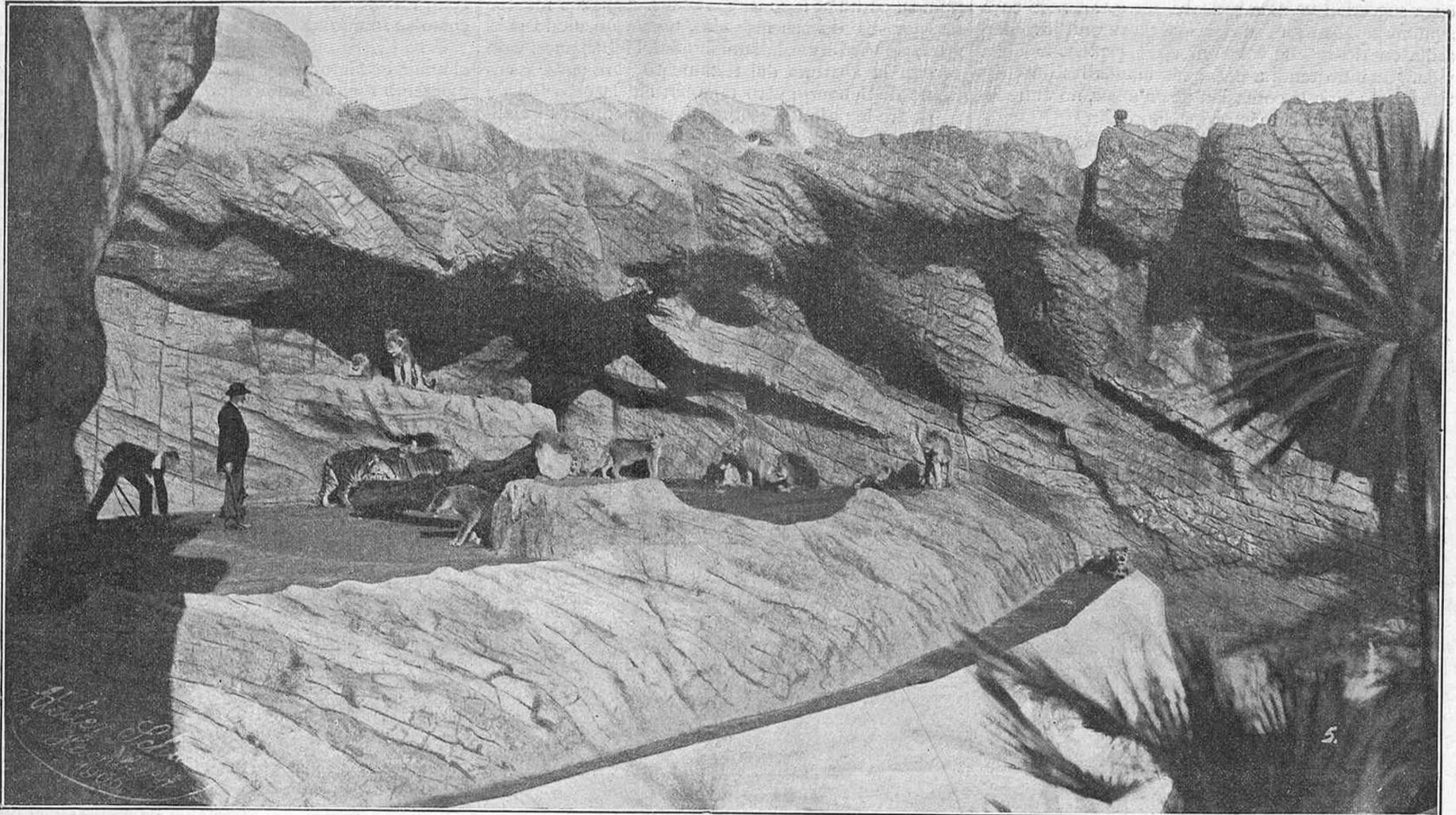
—Sí, pero el título no es en nuestras costumbres más que una convención cortés; Gerardo no iba á

UN PARQUE ZOOLOGICO EXTRAORDINARIO

Hasta ahora, el público que visitaba los parques zoológicos contemplaba los ejemplares de animales

De hoy en adelante, no será así; el público podrá contemplar los animales más fieros sueltos, al aire libre, corriendo por entre árboles, saltando por encima de rocas, albergándose en oscuras cavernas. Así se

todo gracias á un profundo foso que les separa de las instalaciones por donde discurren los animales; pero todo está tan bien disimulado, que á los que recorren el parque les parece que se pasean entre las fieras.

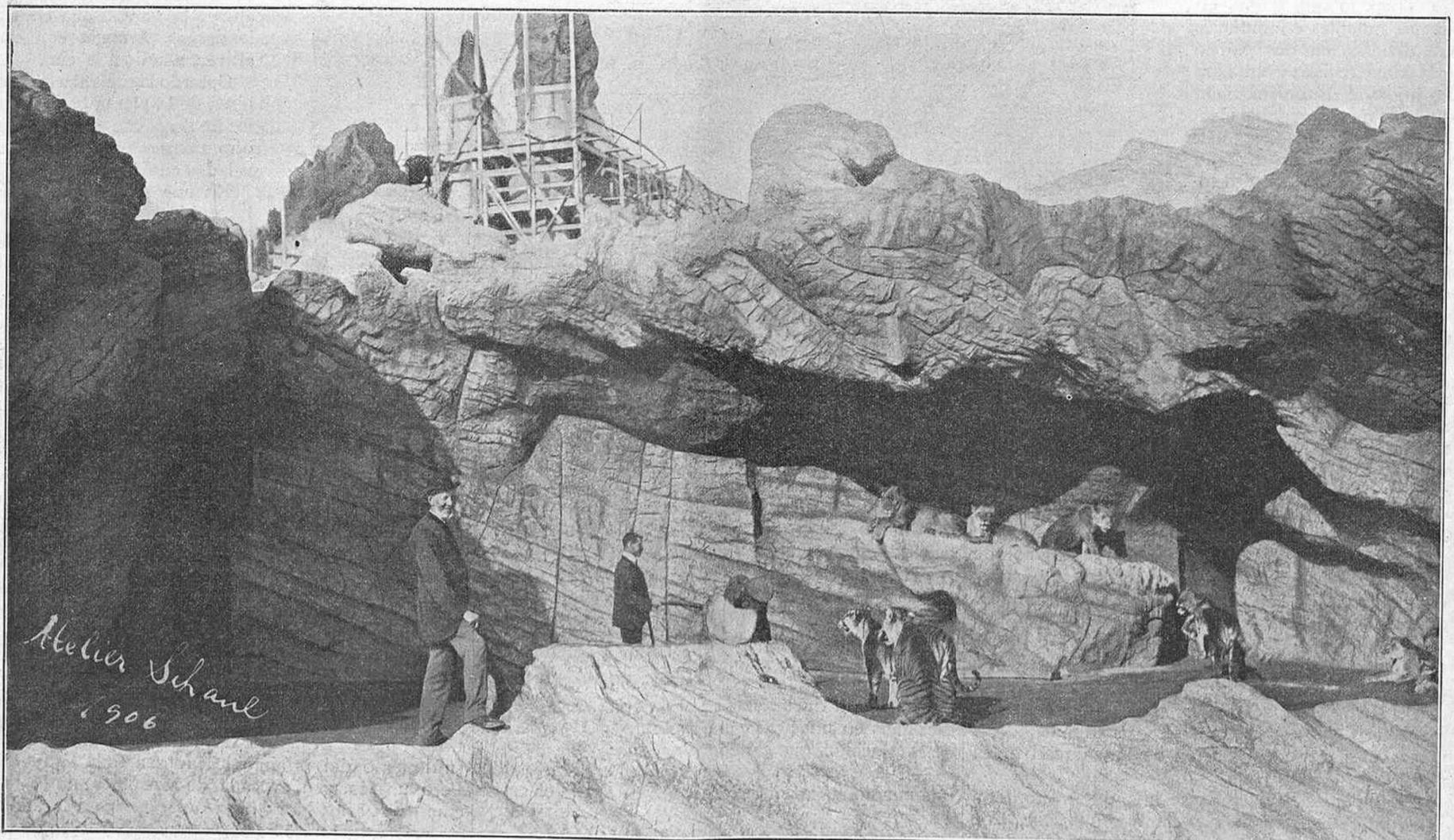


HAMBURGO. - PARQUE ZOOLOGICO DE M. HAGENBACH. LEONES EN LIBERTAD. (De fotografía comunicada por Hutin, Trampus y C.^{as})

fieros al través de los recios barrotes de las grandes jaulas en donde aquéllos permanecían encerrados. Las pobres bestias, nacidas y criadas en los grandes desiertos ó en los espesos bosques, revolvíanse desesperadamente dentro de sus estrechas cárceles, y los

les ve en el parque que M. Hagenbach ha instalado en el Jardín Zoológico de Hamburgo y que ocupa una superficie de unas quince hectáreas, tanto como el Jardín Zoológico de Londres. En ese parque, la mayor parte de las fieras, leones, tigres, osos, etc.,

Recientemente se ha terminado una guarida de león: en los tres lados de un espacio que mide 20 metros de largo por 15 de ancho se ha acumulado una imponente masa de peñascos imitados; una zanja muy ancha y de 17 metros de profundidad, abierta



HAMBURGO. - PARQUE ZOOLOGICO DE M. HAGENBACH. M. HAGENBACH Y UN AYUDANTE ENTRE LOS LEONES EN LIBERTAD. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

que acudían á verlas no podían hacerse cargo de lo que son puestas en su ambiente propio, es decir, en plena naturaleza.

vagan libremente por junglares y selvas artificiales. La seguridad de los visitantes es absoluta, merced á un conjunto de barras y de rejas de hierro y sobre

alrededor de dicha guarida y disimulada por un trozo de jardín tropical, separa los animales de los espectadores.

Hace pocos días, una joven leona cayó en esa zanja y se enfureció al ver que no podía salir de ella; M. Hagenbach, acompañado de un ayudante, descendió al foso, y sin hacer caso de las demás fieras, logró con sus halagos que la leona volviera al junglar, entre los aplausos de la multitud.—S.

EL TELEFONO VISIBLE

Los periódicos norteamericanos se han ocupado extensamente de un descubrimiento sensacional del Dr. Graham que, aplicado al teléfono, permite, por medio de una combinación de hilos especiales, ver á la persona con la cual se está hablando. ¿En qué consiste el invento? Hasta ahora no tenemos pormenores acerca del mismo; por consiguiente, hemos de limitarnos á aceptar el hecho escueto y á reproducir la fotografía á él referente que nos ha sido remitida por la conocida agencia de información internacional Hutin, Trampus y C.^a

Si el hecho resulta ser tal como se dice, el invento será trascendentalísimo y vendrá á resolver uno de los problemas más importantes de la ciencia y de los que parecían de solución más difícil, ya que no imposible.

UN HOSPITAL PARA PECES

Sería un error creer que los peces disfrutan de salud robusta y que están indemnes de afecciones y enfermedades, puesto que á menudo se ponen enfermos, sobre todo cuando viven en cautiverio. De aquí que un gran acuario, como el que hay en Nueva York, tiene como indis-

pensable corolario una enfermería y un hospital para la curación de los animales acuáticos que alberga. Y aunque la cosa parezca extraña á primera vista,

parasitarias, siendo de todos los peces que existen en el acuario de Nueva York los que menos necesitan el tratamiento de los baños de mar.



EL TELÉFONO VISIBLE, inventado recientemente por el norteamericano Dr. Graham (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.^a)

es lo cierto que el remedio que más comúnmente se aplica á los peces enfermos son los baños; lo cual se explica perfectamente teniendo en cuenta que los peces enfermos de que se trata son peces de agua dulce y que los baños á que nos referimos son baños de mar. Nada mejor para un pez de agua dulce enfermo que una temporada de baños de mar; estos baños han de ser cortos y templados, y á veces hay que añadir al agua marina un poco de agua dulce para los individuos debilitados.

Cuando los enfermos son peces marinos, los baños que se les dan son naturalmente de agua dulce; pero, al parecer, no produce en ellos este tratamiento tan buenos resultados como los baños de mar en sus congéneres de agua dulce.

La acción del agua del mar se explica bastante bien. En efecto, las principales enfermedades de los peces son debidas á parásitos, á hongos que viven sobre su piel, y el agua de mar mata esos hongos y esos parásitos.

En cuanto á la susceptibilidad de enfermar, varía según las especies: en el hospital para peces de Nueva York se ha observado que el lucio es uno de los peces que más atacados se ven por los parásitos; que la trucha, en otro tiempo indemne, va haciéndose de día en día más delicada; y que al salmón le sucede lo mismo que á la trucha. Se conoce que la vida de cautiverio les sienta malísimamente.

En cambio, las carpas gozan de buena salud y ofrecen gran resistencia á las enfermedades

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.



El Presidente de la República Francesa M. Faillieres, al llegar á su hacienda, el Loupillón, despide la escolta que le ha acompañado durante el viaje. (De fotografía de nuestro corresponsal.)

Después de su viaje á Marsella, el Presidente de la República Francesa ha realizado otro menos ceremonioso, pero seguramente más agradable para él, puesto que se trataba de visitar el departamento en que ha nacido, el de Lot y Garonne, y sobre todo su gran hacienda, el Loupillón, en donde ha descansado unos días de las fatigas de su vida oficial, gozando del reposo y de las delicias de la existencia campestre.

En Nerac y en Agen fué recibido con grande entusiasmo; el recibimiento de Mezin, de Villeneuve y de Loupillón fué algo más que entusiasta, fué cariñoso en extremo. Al llegar á Loupillón, M. Faillieres despidió la escolta; durante su permanencia allí, no ha querido ser más que un simple propietario rural, al cuidado de sus viñedos, de los cuales está más orgulloso quizás que de la misma investidura presidencial.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
 EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faubr St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PECHO IDEAL
 Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

DATA de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS 8^a St-Denis, 46

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
 Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANEE Y SIMÓN